

# EL ESCUDO CATÓLICO.



PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.

Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, á cuyo efecto se reparará una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

## Seccion 1.ª

### ESTUDIOS APOLOGETICOS.

*Dios.*

III.

#### SU INTELIGENCIA.

De la inteligencia de Dios como de los demas atributos se pueden dar algunas pruebas á priori; es una consecuencia de la existencia del ente eterno y necesario: porque, ¿no es evidente, que el ser eterno y existente por si, la causa primera, el autor de cuanto existe, debe tener conocimiento perfecto de todo lo que es y puede ser?.. La naturaleza y esencia mas íntima de todas las cosas estan patentes á sus ojos, y para él no son desconocidos los pensamientos mas profundos de los seres inteligentes; debe conocer todo lo

que puede ó no puede producir cada una de las facultades que él mismo ha dado. Esto es lo que en las escuelas se llama demostració á priori; los argumentos sacados de la perfeccion esquisita y del órden admirable que reinan en todas sus obras, forman una demonstracion á posteriori de su sabiduría que no es menos sólida é incontestable, y que está mas al alcance de cualquier entendimiento, y de la que, por lo mismo, nos valdremos en este artículo. Mas por donde principiaremos? Se nos agolpan tantas pruebas, vemos tantas huellas de la sabiduría de Dios á donde quiera que dirijamos nuestra vista, resplandece con caracteres tan brillantes la inteligencia divina, que nos hallamos como deslumbrados de tanta luz; que, con Lineo podemos decir, que hemos visto á Dios de paso y por detras, y hemos quedado mudos, heridos de admiracion y de asombro: hemos descubierto las huellas de sus pasos en la creacion, y hemos visto que en estas obras aun en las mas

pequeñas y en las que parecen nulas, hay una fuerza, una perfeccion y una sabiduría inesplicables.»

Engolfemonos sin embargo en este Océano, que nada perderemos, si nos perdemos en este abismo.

Es el universo un inmenso libro escrito por la mano del mismo Dios, la vastísima enciclopedia en que se descubre la infinita sabiduría del que la compuso: cada uno de los astros, cada uno de los elementos, el fuego, la tierra, el aire, el agua, cada uno de los animales, cada una de las plantas, el hombre; cada una de las partes de las plantas, de los animales y del hombre, es un libro en que resalta el artificio de una inteligencia suprema. No haremos sino citar los capítulos de estos admirables libros: trazar un pequeño mapa de las maravillas de la naturaleza, que cantan la sabiduría de su hacedor.

Lo primero que observamos es el orden maravilloso, la perfecta armonía que entre sí guardan todas las partes del universo.

Donde quiera que observamos multiplicidad y variedad de partes concurriendo á la unidad final, suponemos un artifice que haya combinado ingeniosamente todas aquellas partes. Al ver una máquina compuesta de muelles, poleas, palancas, ruedas, fuerzas motrices, que encadenadas entre sí conspiran aun mismo fin, funcionando cada una de por sí, nos deja asombrados aquella complicacion de instrumentos, y admirados al ver la unidad en la variedad, elogiamos la inteligencia del que supo fabricar aquella máquina. Y qué artefacto, qué máquina, qué laboratorio, hay que pueda compararse con la gran máquina del universo? Donde podrá descubrirse un orden tan admirable,

tan constante, tan regular y tan universal? Qué podrá imaginarse mas perfecto que el armónico concierto que entre sí guardan todos los seres, todas las ruedas de esta vastísima máquina en la que cada rueda tiene su destino particular, y otro general con relacion al conjunto? Qué combinacion, qué encadenamiento de fenómenos siempre semejantes! Esos océanos luminosos que hace setenta siglos brillan en los espacios, esas masas tan voluminosas y pesadas que magestuosamente ruedan unas en derredor de otras en elipses prolongadas, sin separarse jamas de sus órbitas ni tropezarse en sus periódicas revoluciones; el Sol que vivifica toda la naturaleza; la luna que ilumina la oscuridad de la noche; la tierra cuyas entrañas son tan fecundas, que con leyes constantes produce una multitud de seres vivientes; los mares con sus misteriosas agitaciones é innumerables habitantes; los elementos que mezclados, combinados, y modificados de mil maneras, sirven á la vida y necesidades de tantos cuerpos tan diferentes en todo; el curso constante y regular de las estaciones que cambia sin cesar la superficie de la tierra, que sucesivamente nos la representa enblanquecida con las nieves del invierno, engalanada con las guirnaldas de la primavera, dorada con las mieses del estío, enriquecida con los frutos del otoño, todo esto ¿no forma un concierto armonioso de partes, del que no se puede desprender una sola, sin romper la cadena universal? Quitad alguno de sus eslabones del lugar que ocupa, y todo quedaria trastornado. Si todas las estrellas se hallasen á igual distancia de nosotros que el Sol, ¿quién podria soportar tantos torrentes de fuego? colocad

al Sol á mayor distancia, y nada vegetaria, nada viviría sobre la tierra; suponedlo á quince millones de leguas, y la tierra se abrasaría. Si esta fuera mas dura, no podría el hombre romper su seno para cultivarla; si fuera menos, el hombre se hundiría en ella, como se hunde en un pantano. Si el agua estuviera un poco mas enrarecida, seria como una especie de aire, y toda la haz terrestre estaria seca y esteril. Dad mayor densidad al aire, y nos sofocaria; siendo mas sutil, no tendria esa suavidad que le hace un alimento continuo del interior del hombre. Si el fuego: pero á donde vamos? no nos es posible enumerar las íntimas relaciones que entre sí tienen todas las partes del universo; hagámoslo patente con dos solos rasgos. ¿Qué viene á ser el hombre en medio del mundo sensible? un átomo en comparacion de nuestro globo, y éste un átomo en comparacion del mundo planetario. Y qué viene á ser este último mundo comparado con la vasta estension de los Cielos estrellados? como un punto matemático en la inmensidad de los espacios. Sin embargo, la existencia del hombre tiene la mas íntima conexion con toda la naturaleza, y la tierra, y los mares, y el aire, y la luz, y el Sol, todo contribuye á su conservacion. El pan con que se alimenta procede del grano de trigo arrojado á la tierra, la tierra ha sido fecundizada por las lluvias que estaban depositadas en el aire; el aire sostiene las nubes preñadas de agua; los vapores encerrados en los aires, subieron de la superficie de los rios y de los mares; la evaporacion supone la accion del Sol y del calor; un pajarillo no viviría sin mijo; el mijo no existiría si la yerba no creciese, la yerba no crece-

ría, si la tierra no la produgese; la tierra no la produciría, sin el auxilio del rocío y de las lluvias, ni el rocío ni las lluvias caerian sin las nubes, las nubes no correrian sin el aire y sin los vientos; los vientos no se formarían sin los vapores, ni los vapores sin el agua de los rios ó del mar, ni el agua subiría evaporada sin los ardores del Sol; asi que, el Cielo y los astros, el aire y los vientos, las nubes y las lluvias, el mar y los rios, la tierra y sus frutos, el Sol con sus ardores, el universo en fin, en su inmensa estension, todo obra de concierto á favor del hombre, á favor de un pajarillo, produciendo unos pequeños granos para su alimento. Todo lo vemos enlazado, lo máximo, y lo mínimo; los pequeños anillos del insecto que se arrastra por la tierra, encadenados están con la constelacion que brilla en lo mas elevado de los cielos:

¿Quién no ve en este órden maravilloso, una sabiduría divina, una inteligencia infinita? Si los sistemas de Descartes, Neuton y Leibnitz, que intentan explicar algunas de estas relaciones que entre sí tienen los seres, nos dan á conocer la sublimidad de su ingenio, si porque estos célebres filósofos han corrido un poco el velo de la naturaleza, han deletreado algunas páginas del gran libro, se les cuenta en el número de las mayores inteligencias, qué deberemos decir de aquella inteligencia que lo ha escrito, de aquel autor que dió y conserva aquellas relaciones, de aquel artífice que tan sabiamente ordenó todas las ruedas de esta máquina?

Notemos todavia otra particularidad en estas armonias universales. «Los que han admirado la hermosura de la naturaleza, dice Chateaubriand,

como prueba de una inteligencia superior, deberían haber reflexionado una cosa que aumenta prodigiosamente la esfera de las maravillas, y es, que el movimiento y la quietud, la luz y las tinieblas, las estaciones, el curso de los astros que varían las decoraciones del mundo, no son sucesivas sino en la apariencia, y permanentes en la realidad. La escena que se oculta á nosotros, se representa en otro pueblo, de modo, que no es el espectáculo sino el espectador quien se muda. Asi ha sabido Dios poner en su obra la duracion *absoluta* y la *progresiva*: la primera se halla colocada en el *tiempo*, y la segunda en la *estension*: por aquella las gracias del universo son unas, infinitas y siempre las mismas; por esta son multiplicadas, limitadas y renovadas;... Áca se nos manifiesta el tiempo bajo un respecto muy nuevo, la menor de sus fracciones viene á ser un *todo completo*, que todo lo comprende, y en el cual se modifican todas las cosas desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo: cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reunid pues con vuestra imaginacion en un mismo momento todos los mas bellos accidentes de la naturaleza; suponed que veis de una vez todas las horas del dia, y todas las estaciones; una mañana de primavera, y de otoño, una noche sembrada de estrellas, y una noche cubierta de nubes, praderias esmaltadas de flores, bosques desnudos por las escarchas, y campiñas doradas con las cosechas: imaginadlo asi, digo, y entonces podreis formar una idea del espectáculo de la naturaleza.» Y entonces, decimos nosotros, descubrireis algo de las prodigiosas concordancias establecidas por la divina inteligencia.

Del órden constante y general, descendamos á hechos y nociones particulares; y en todas ellas veremos igualmente la estampa de un supremo ordenador.

Suponed una bola de marfil que gira en el espacio sobre su mismo eje, sin estar fija en ninguna parte: suponed que en derredor de esta andan dando vueltas otras mas pequeñas, y que cien años, mil años, siete mil años conservan este movimiento giratorio, sin que jamás choquen entre sí, ni choquen con la principal: si un geometra os presentase este espectáculo de un movimiento perpetuo, ¿no lo tendriais por el mas sabio de los mortales?

Pues tal es el que os ofrece el sistema planetario. El sol fijo é inmóvil en la nada, es el centro en torno del cual describen sus orbitas todos los planetas hace ya mas de sesenta siglos, sin que ninguna fuerza visible les dé el movimiento eliptico; y sobre las alturas del sol hay otros soles, que ofrecen la misma escena, y sobre las alturas de estos soles y sobre las alturas de la via lactea, otros planetas giran en torno de otros soles; y mundos sobre mundos van rotando en derredor de otros mundos; y mundos y soles y planeta están suspendidos en la nada; y lanzados tantos mundos por inmensas tangentes, otros mundos los hacen cambiar de direccion, sin tocar unos mundos á otros mundos, hallándose todos estos mundos á inmensas distancias unos de otros. ¿Quién no reconoce aqui al Gran Geometra que con infinita inteligencia ha sabido disponer, ordenar y moderar todos estos globos? Quién no vé aqui el compas del Gran Geometra, que ha sabido colocar todos estos mundos á distancias tan proporcionadas, distribuyendo las fuerzas recípro-

cas, de tal modo que ni se escapasen por infinitas tangentes ni cayesen los unos sobre los otros? Si admira la inteligencia de Keplero tan solamente por haber observado las leyes constantes de estos movimientos misteriosos ¿no deberá reconocerse una inteligencia infinita en aquel que estableció leyes tan misteriosas?

En cuanto á la tierra, no hay objeto en ella que deje de cantar la sabiduría de Dios: considerad la tierra: esta porcion tan informe, este barro tan inmundo se transforma en miles de objetos á cual mas hermosos, que encantan la vista, recrean el paladar, y deleitan el olfato: la tierra en un solo año es tierra, raices, capullos, ramas, hojas, flores, frutos y semillas: jamas siente vejez, y su seno siempre está fresco y rebosando tesoros: sus arrugas y protuberancias, la desigualdad de sus terrenos, ademas de ser un ornato, produce grandes utilidades; los montes y los valles tienen ventajas inapreciables: en los hondos valles crece la yerba fresca, y estendiéndose en vastas planicies, forman campiñas cargadas de abundantes mieses; mas allá encumbradas montañas levantan su nevada cresta, y los torrentes que de ellos se precipitan son las peremnes fuentes de los rios. Las rocas sostienen la tierra de las montañas, como los huesos sostienen la carne del cuerpo de los animales; y valles, ribazos, montañas y rocas forman anfiteatros y vistosos y graciosísimos paisages. Los mares, el Oceano que parece estar colocado en medio del mundo para separar una parte de otra, es el punto de concurrencia de todos los pueblos: por estos caminos sin rastro, sin ciudades y sin piedras milliarías, por entre abismos y abismos, dá el mundo antiguo la mano á los que nuevamente se ván

descubriendo. Si levantamos la cabeza, vemos en las nubes que giran sobre nosotros como unos mares suspendidos para regar la tierra cuando esté seca, no precipitándose sobre ella, sino cayendo gota á gota, y destilándose como por una regadera. ¿Quién en esta maravillosa disposicion, no descubre un plan concertado, una inteligencia divina? Tomad en vuestras manos una yerba, una flor, una planta cualquiera; examinad el cuerpo de un animal, hágase la anatomia del hombre; y el que despues de haber hecho el análisis de cada una de sus partes, no descubra el dedo inteligente de Dios, es uno de aquellos *quibus non est intellectus*. Si Lineo y Bufon manifiestan una inteligencia superior por haber descrito las menudas piezas de las plantas, qué inteligencia no daremos al que ha sabido arreglar todas aquellas partes? No nos estrañamos que Galeno con el cuchillo anatómico en la mano, esclamase: *ahora he cantado el mejor himno á la Divinidad*: lo que estrañamos sí, es, que haya hombres tan ciegos que en la hermosa fábrica del hombre, ó de una planta, no distinguan el artificio de una causa sumamente inteligente. ¿Donde está el Rafael que pueda trasladar al lienzo la maravillosa estructura de una azucena? Donde se hallará el Vaucanson, que construya una máquina como la de una tortuga? Pues si estos ingenios son tan justamente celebrados porque han tratado de imitar, pero siempre con infinita distancia, las maravillas de una pequeña parte de la naturaleza, cual será la inteligencia del que ha sabido fabricar máquinas tan portentosas?

Que diriamos de un artista, que tan sábiamente tubiese arreglados sus moldes, que sin mas que derramar polvos de oro, se viese brotar aqui un reloj,

alli una hermosa caja, en esta parte una diadema, en la otra un anillo, y mil y mil objetos con formas vistosísimas y variadas?

Es bien seguro que llenaría de admiración al mundo, oscurecería la fama de todos los demás artistas, y sería celebrado como el mayor ingenio que han producido los siglos. Pues bien: este fenómeno nada sería en comparación de los que á cada paso nos presenta la naturaleza. Entremos á un jardín: innumerable es la variedad de yerbas, plantas, flores, formas y matices, que se ofrecen á nuestra vista; de donde han procedido todas aquellas variedades? una misma tierra, una misma agua, un mismo sol, una misma sávia circula por todas aquellas plantas, y sin embargo, estos mismos materiales producen una blanca azucena, y á su lado un encarnado clavel, una purpurada violeta y la grana de la verbena, &c., &c., &c., ¿quién es el artífice que ha compuesto unos moldes tan delicados y esquisitos?

¡O Dios escelso, ó Dios grande, ó Dios infinitamente sabio! ni entendimiento, ni imaginación, ni aun ojos para ver parece que tienen los que en la innumerable copia de tanto asombro no reconocen la sabiduría de una Esencia, cuya inteligencia es infinita.

Nada diremos de la prodigiosa estructura de cada una de las clases de animales, que llenan los aires, las aguas y la tierra, tan acomodada á las necesidades y fin para que fueron criadas, de lo sabiamente que están dispuestas las alas, los pies y los picos de las aves, las veguillas y aletas de los peces, los músculos y las garras de los carnívoros, porque sería nunca acabar. Si haremos notar una pequeñísima parte del hombre, que nos presenta los mayores indicios de una inteligencia

divina. Hablamos del ojo. No paremos la consideración en la sabiduría que brilla en los parpados, que son como unas murallas, para defenderlo sin permitir la entrada al más mínimo átomo, ni en las pestañas, que son como unas empalizadas que lo ponen al abrigo de los asaltos de los insectos volátiles: reflexionemos solamente las maravillosas miniaturas que se pintan en la retina. Colocaos sobre la cima de una montaña. Que variedad de objetos, de cerca y de lejos y en todas partes! qué multitud de colores y formas! Donde se encontrará un pintor bastante habil para trasladar al lienzo á mil lienzos la millonésima parte de lo que vosotros descubris? pues bien; todos esos paisajes enteros están en el fondo de vuestra retina que apenas tiene ocho líneas de diámetro. No es menos admirable la lengua, órgano que ayudado de los dientes y labios produce la multitud de idiomas, la innumerable muchedumbre de palabras que se hablan en todo el mundo, comunicándose con ellas sus ideas y pensamientos; ni es menos pasmoso el paladar, que recibe tantos sabores cuantas son las sustancias que le afectan.

¿Mas qué cosa más admirable que la reproducción de los vegetales? Todo cuanto nos rodea en la naturaleza nos ha hecho siempre admirar la infinita sabiduría del criador y ordenador de todo; pero cuando hemos meditado sobre la multiplicación del hombre y demás animales, nos ha ocupado el asombro, y hemos exclamado: *O altitudo divitiarum, Sapientia et Scientie Dei.*

¿Qué se juzgaría de un reloj, dice Fenelon, que huyese á tiempo, se doblase, se defendiese, atacase, y se tragase otros relojes? ¿no se admiraría la habilidad del artífice? ¿se creería que

los muelles de este reloj se hubiesen formado, proporcionado, dispuesto y unido por un mero acaso? Pues esto es lo que hace cada uno de los animales con sus armas defensivas y ofensivas. ¿Y qué juicio seformaría, añade, de un relojero si supiera hacer relojes que por si produjeran otros al infinito, de suerte que los dos primeros fuesen suficientes para multiplicar y perpetuar la especie en toda la tierra? ¿Qué se diría de un arquitecto, si tuviese la habilidad de fabricar casas y palacios, que por si mismos fabricasen otras casas y palacios? Pues esto es lo que se ve entre los animales. Los dos animales que producen un tercero, no son los verdaderos autores del arte que resplandece en la composicion del animal engendrado por ellos. Lejos de tener la habilidad de ejecutarle, ni siquiera saben como se ha compuesto la obra que resulta de su generacion, como decia la madre de los Macabeos. No conocen ningun resorte particular de aquella. De donde pues proviene este arte maravilloso que no es el suyo? Necesariamente debe existir en el artífice que hizo la obra, como todo el arte del reloj está en la cabeza del relojero: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

A pruebas tan claras y manifiestas, á señales tan evidentes, qué pueden responder los insipientes ateos? Dirán que todo lo que hay en el mundo ha sido formado por el concurso fortuito de los átomos y que despues ha sido abandonado al acaso, sin que haya una inteligencia, que lo presida y gobierne? Con que la materia ciega moviendose casualmente ha formado el grandioso espectáculo que ofrece la bóveda celeste, colocando á compas por decirlo así las esferas luminosas, y dandoles esos movimientos periódicos

que son la admiracion de todos los astrónomos? Con que la materia ciega moviendose desordenadamente, ha dispuesto los cauces marinos, los torrentes que bajan de las montañas y los rios que serpean por la tierra? Con que un ciego acaso ha hecho germinasen de la tierra las yerbas, arbustos y árboles que la cubren? Con que remolinos de polvo menudo fuertemente agitado, han fabricado la complicada y prodigiosa máquina de los animales? Cuando habeis visto que suceda nada de esto? Podeis concebir que revolviendo y mas revolviendo las letras del alfabeto se haya compuesto, no decimos, la Iliada, la Jerusalem del Taso, ó los mártires de Chateaubriand, pero ni las desaliñadas líneas que estamos escribiendo, ni aun las blasfemias, las locuras que vosotros pronunciais?

Podria contener la risa un niño, si se le asegurára que del encuentro casual de los átomos se habia visto salir de repente un ejército de soldados, con sus gefes á la cabeza, perfectamente armados de fusiles, espadas, cañones, y puestos en orden de batalla?

Si este concurso casual de átomos ha podido formar este bello universo, arguia con su acostumbrada elocuencia el orador romano, ¿por qué no forma ahora un templo, un palacio, una ciudad, que ciertamente no requiere tanto orden y combinacion, cual se necesita para la estructura de este universo.---Al ver un magnifico cuadro, al escuchar un armonioso concierto de música, os asalta la idea, asegurareis con juramento que es obra de un hábil pintor, de un músico eminente. Y será posible que viendo el magestuoso edificio, el imponente espectáculo de cielo, tierra y mar con

todo lo que contienen, dudeis de un artifice supremo? Tirad átomos sobre átomos, piedras sobre piedras, tablas sobre tablas, metales sobre metales, que todo esto sea agitado y transportado con violencia por los vientos; que se estén combinando millones de años; quién se atreverá á contar ni aun á los muchachos, que aquellos materiales llegarán á formar aqui una magnífica ciudad, allá una espesa selva, aqui numerosas flotas para surcar el mar, allá relojes que puntualmente señalen la medida y sucesion de los tiempos?

Entre todas las locuras de los mortales, creemos ser la mayor la que atribuye á mera casualidad la formacion del universo con sus múltiples maravillas. Afortunadamente son rarísimos los que padecen esta ceguera. El Astrónomo contemplando los astros, el geólogo investigando las entrañas de la tierra, el marino observando los prodigios de las agitadas olas, el naturalista examinando la estructura de las plantas y animales, el fisiólogo descubriendo las funciones vitales del hombre, el sábio ó el ignorante que levantan su vista á los cielos ó la bajan á la tierra que tienen bajo de sus plantas, todos repiten el himno de Galeno; todos se preguntan admirados; qué manos hicieron tantas máquinas y máquinas tan admirables? Y todos se responden ¿qué manos han de ser sino aquellas que todo lo pueden hacer, todo lo saben hacer, y todo lo han hecho? Las manos de un artifice infinitamente inteligente, infinitamente sabio; y todos se ven obligados á decir: O Dios grande! ó Dios escelso! ni entendimiento, ni imaginacion, ni aun ojos para ver parece que tienen los que en la variada copia de tanto asombro no reconocen una

esencia cuya inteligencia no tiene límites. Todos se ven obligados á esclamar con San Pablo: *O altitudo Divinitiarum, sapientiae, et scientiae Dei!* (1)

(1.) *Como habrá podido observar el lector no hemos hecho sino apuntar las pruebas de la divina inteligencia, sin detenernos en ampliarlas; la materia es inagotable. Si alguno de nuestros lectores desease nociones mas estensas sobre cada uno de los puntos que hemos indicado, podrá consultar el símbolo de la fé de Fr. Luis de Granada; y el erúdito tratado de la existencia de Dios del médico Nieuwventyt que científicamente demuestra la realidad de las causas finales. Los que deseen ver adornadas todas estas pruebas con las galas de la poesia, podrán satisfacer su deseo, leyendo la demostracion de la existencia de Dios de Fenelon, que es uno de los libros mas importantes, que dió á luz el ameno autor de las aventuras de Telemaco. Tambien les aconsejamos la lectura del libro V del Genio del Cristianismo por Chateaubriand, en el que prueba la existencia de Dios por las maravillas de la naturaleza. El mismo asunto trata Frayssinous con elocuente acento y pòeticas pinceladas en sus inmortales conferencias sobre la religion. Ultimamente podrá consultarse el admirable discurso del Erudito Feijoo, titulado, lo máximo en lo mínimo, cuyo objeto es poner de manifesto la sabiduría de aquel, que con delicado artificio supo componer unas máquinas tan perfectas como son los animalillos microscópicos.*

## Seccion 2.<sup>a</sup>

### *Defensa del clero en las actuales circunstancias.*

Con sumo dolor y sentimiento, y hasta con sorpresa leemos las diatribas que algunos periódicos se permiten contra el clero en general sin escepcion ni restriccion alguna, y el corazon se nos comprime al vernos precisados á defenderlo. Y nuestra sorpresa no nace de que creamos ya concluida para el clero la série de calumnias que largo tiempo viene devorando, ni que haya ya pasado la época de sus pruebas; pero creiamos que viéndolo abatido y en desgracia, esta desgracia constituiria una especie de inviolabilidad. Esta pensábamos seria la conducta de todo escritor de animo noble y generoso, cualesquiera que fuesen sus opiniones, y que se dejaría al clero obrar en el círculo de sus atribuciones y usar pacíficamente de sus derechos como ciudadanos.

Ha servido de pretesto para las bruscas acometidas la pretendida reaparicion de lo que han dado en llamar bando apostólico, partido, que si es posible reconocer al traves de su mal aplicada denominacion, no hubieramos creído fuese uno de los que están á la órden del dia. Rápidos con todo seran sus progresos, y temido su triunfo, cuando con alarma se anuncia el peligro.

Sea lo que fuere, nosotros que sin descender á la arena de los partidos, nos limitamos á defender de toda invasion el sagrado recinto en que nos atrincheramos, no queremos dejar desapercibidas y sin contestacion las infundadas acusaciones que se lanzan contra el clero.

No se crea sin embargo que vamos á teger una apología larga sobre todos los puntos en que se le combate. Este asunto se tratará con estension en la seccion destinada á los estudios apolo-géticos. En ellos haremos ver con la historia en la mano, que el clero es el que mas constantemente ha trabajado en la causa de la civilizacion; que con las poderosas palancas de su virtud, abnegacion, celo, desinterés, ilustracion y benéfica influencia, ha removido todos los obstáculos que se oponian al desarrollo de esta civilizacion; que todos los buenos elementos de ella han pasado por las manos y los dedos del clero. Ahora solo intentamos defenderlo en el terreno en que ultimamente se le ha atacado y continúa atacándosele, con el objeto sin duda de intimidarlo. Empeño inútil: no se le ha intimidado con las privaciones, por que la Iglesia no es una plaza que se gana por hambre, ni con las persecuciones, por que apesar de ellas ha continuado predicando la verdad enseñando las sanas doctrinas. Y aunque se les desterrara, en el destierro lo haria como lo ha hecho, lo haria en los calabozos, lo haria en el fondo de las minas como lo hacia el primitivo clero en los sepulcros y catacumbas; no los han intimidado en el cumplimiento de sus deberes el cuchillo del sicario, y quereis que los intimiden vuestras insensatas declamaciones! No. Todos vuestros tiros se estrellarán en la conciencia del deber del clero.

Pero vengamos ya al asunto; qué es lo que ha hecho el clero en estos últimos tiempos, que tanto ha irritado á ciertos periódicos, que les ha obligado á ocuparse de él, y á dirigirle filípicas tan tremendas? ah! algunos clérigos (dicen los periódicos á que aludimos) olvidándose de su sagrado caracter, abandonando la pacífica mo-

rada del santuario, se han mezclado en el impetuoso torbellino de las pasiones políticas, han acudido como los profanos á las urnas electorales de los municipios, y están dispuestos á hacerlo en las próximas elecciones de Diputados á Córtes. Tal es el pecado, el crimen, el horrendo crimen que ha alarmado la severa moralidad de nuestros *Catones*.

Pero vamos á cuentas, Señores censores, ¿qué ley quebranta, qué regla de moral infringe, á qué derecho se opone el clero que da su voto en favor de algun candidato? La ley electoral no lo autoriza para emitirlo como á todos los demas electores? No es libre, absolutamente libre en el uso de esta facultad como los demas electores, sin otra responsabilidad que la del fin que se proponga ante su conciencia? Pues por qué ese clamoreo, si hace uso de esta facultad? Por que es impropio de los Ministros de la religion católica, decis, el mezclarse en las intrigas y pasiones terrestres, por que su Ministerio está ceñido á las cosas espirituales, y no deben inmiscuirse en las contiendas políticas. ¿Pues qué, tan olvidadizos nos suponeis que no hayamos de recordar las diatribas que les dirigiais por el cumplimiento de sus deberes en el sacramento de la penitencia, y á la cabezera de los enfermos, y en el púlpito?

Pero habeis meditado bien los absurdos é inconvenientes que entraña esa vuestra respuesta? Ella ataca radicalmente vuestro sistema fundamental, ataca y censura la ley, y supone ignorantes ó infractores de sus deberes á los individuos de la mas respetable clase. ¿Con que los clérigos no deben mezclarse en las intrigas y pasiones humanas? luego el sistema que prescribe las elecciones municipales y nacionales, no es mas que un tejido de intrigas

y pasiones bastardas; esta es la consecuencia legítima que se infiere de vuestra respuesta. Luego vosotros cuando poneis en juego todos los resortes para proporcionaros una mayoría, os valeis de intrigas y removeis las pasiones: pues si vosotros lo haceis, el clero no se vale de estos medios; legal y pacíficamente dá su voto, y legal y pacíficamente influye en el triunfo de lo que cree mas conveniente. No solo arruinais por su fundamento vuestro sistema, sino es que atacais á la ley; es como si dijerais, la ley que concede el voto á los clérigos es injusta, por que los obliga ó los espone á mezclarse en las intrigas mundanales.

Supone tambien que los clérigos son ignorantes ó infractores de sus deberes. Pero ¿Quiénes sois vosotros para marcar las obligaciones morales á los que están encargados de enseñaros á vosotros? Vosotros que hablais hasta la saciedad de derechos, y rara vez de los deberes, habeis de ser tan rígidos para con el clero, que ningun derecho le habeis de conceder, y habeis de moler sus oidos con la estrechez de sus deberes? Cumplid vosotros con vuestros deberes, que pruebas tiene dadas el clero de saber cumplir con los suyos; y cuando tome alguna parte en las elecciones, seguro estará de no faltar á ellos. Estas consideraciones deberian ser suficientes para justificar el proceder del clero en esta parte; pero aun queremos robustecerlas mas, examinando la cosa en si misma.

Si todos los individuos de un estado deben procurar el bien general de la sociedad, cada uno en el círculo de sus atribuciones y facultades, el clero, maestro de la ciencia moral, médico de las enfermedades sociales, padre amoroso de todos los que padecen,

amigo generoso de todos los indigentes, centinela avanzado para dar el grito de alerta cuando se acerque el enemigo, el clero, que por su elevado y benéfico ministerio se roza con todas las clases, y que toma una parte tan activa en el bien estar de todos los individuos, ¿no deberá tomarla también en un asunto que puede afectar á la sociedad en general?

El asunto que nos ocupa, no decis vosotros que es del mayor interés y vitalidad? ¿no afirmáis que del triunfo ó derrota pende la suerte, la gloria, la prosperidad, ó la desgracia y la ruina de la nacion? ¿Pues por qué en materia de tanta monta habeis de pretender eliminar un elemento necesario? ¿porqué al funcionar la gran máquina Nacional, ha de quedar paralizada su rueda maestra? ¿porqué empeñarse en que el Clero no contribuya á la gloria y prosperidad de la madre patria? ¿por qué no ha de impedir con todas sus fuerzas la desgracia y ruina del estado?

¿Es acaso por que temeis la preponderancia del clero? Bien sabeis cuan infundado es este temor; bien sabeis, sabemos nosotros, y con sentimiento lo sabe la España, que no es este el tiempo de los Richelieus, de los Alberoni, ni de los Jimenez de Cisneros: no es el tiempo de sacerdotes diplomáticos, sino el de confesores sufridos y constantes, de apóstoles armados con el rayo de la palabra, de pastores benéficos escudados con el brillo de sus virtudes, y con la independencia del martirio.

La verdad es, que al censurar el proceder del clero en este punto, no lo haceis precisamente por el acto de prestar su voto, sino porque no lo veis inclinado á favor vuestro. A buen seguro, que si el clero apoyara vuestras candidaturas, os faltarian trompetas

para publicar su celo, ilustracion, conocimiento del siglo, y de las necesidades sociales, como lo haceis con alguno que otro muy raro, que abandonando sus filas se pasa á vuestros reales.

¿No habeis golpeado vosotros las puertas de algunos sacerdotes; y les habeis suplicado os favoreciesen con sus votos?

Infundadas pues, son vuestras querellas, y sobre infundadas, absurdas; y sobre infundadas y absurdas, están en contradiccion con las censuras que en otras ocasiones haceis del clero.

No habeis afirmado, que la enseñanza dada en los seminarios permanece estacionaria, tenaz en no admitir las luces del siglo XIX, y encerrada en el pequeño círculo de la teología? ¿Cómo conciliar el retraimiento que pretendéis ahora en las cuestiones sociales de tanto interés, con la parte activa que le aconsejais en todos los adelantos científicos?

¿No estais continuamente predicando la necesidad que el clero tiene de instruirse, para no quedar rezagado, para que pueda gozar del prestigio necesario? ¿No lo habeis motejado un millon de veces de ignorante y retrasado? Ahora pues, os preguntamos, para qué deseais que el clero se instruya en todas las ciencias humanas, sea literato, filósofo, matemático, astrónomo, naturalista, é historiador? Sin duda responderéis, que si el clero ha de cumplir debidamente la sublime mision de que está encargado, necesita rodearse del esplendor de la ciencia, ya para que su palabra tenga mas autoridad, ora para defender los ataques que á la religion se hagan, ora para impedir la introducion de supersticiones, ora para dar acertados consejos, y resolver las dudas que se le propongan, lo que no podrian hacer con un

mal latin y cuatro párrafos de moral.

Muy bien Señores censores; pero si vosotros no quereis que salgan del santuario, que se limiten á confesar y predicar el Evangelio, ¿qué necesidad tienen para esto de aprender las bellezas de la literatura, ni los sistemas astronómicos, ni los adelantos geológicos, ni los misterios fisiológicos, ni los problemas matemáticos? Lejos de censurar al clero porque se mezcle en estas materias, lo censurais, (injurosamente por supuesto, pues el clero os puede dar lecciones sobre todos estos ramos) lo censurais, porque no se dedica á estos estudios. O es que tenéis estos estudios por mas interesantes que la ciencia de curar las llagas sociales? Si quereis que el clero vaya al nivel, esté al alcance de los progresos científicos, porqué habeis de reprobar que examine la ciencia económica, la ciencia administrativa, la ciencia de gobernar los Estados? Nosotros que sabemos que todas las ciencias tienen relaciones íntimas, que reciprocamente se auxilian las unas á las otras, no seremos los que disuadamos al clero el estudio de las letras humanas; pero sí, le aconsejaremos que prefiera siempre los estudios eclesiásticos; que estudie con ojo atento las tendencias de los hombres con quienes vive, que cuando vea se conspira contra el bien de la sociedad, contra la religion de la que es defensor nato, no se esté con los brazos cruzados, ni sea un pastor mudo. Ni necesita de nuestros consejos: ni intentamos darle estos consejos: nuestro fin es defenderlo de las imputaciones que por su conducta se le dirigen. Si obra bien el clérigo que se dedica á la literatura, filosofia, ó historia, para sacar de aquí argumentos en favor de la religion, y respuestas contundentes contra los que apoyados en estas ciencias trataban de

impugnarla, bien hace, muy bien hace aquel que, habiendo observado la marcha torcida que seguian algunos hombres en la direccion de la sociedad, procura impedir los males con que amenazaban. Si obra bien el clero que se mezcla en las cuestiones científicas, para descubrir la verdad, y hacer ver su conformidad con la religion de que es ministro, hace bien, muy bien hace en mezclarse en aquellas cuestiones sociales de cuya resolucion puede pender el orden, ó el desorden, la ruina, ó la prosperidad de las sociedades.

Las circunstancias en que nos hallamos justifican mas y mas la conducta del clero.

Si solamente se tratase de cuestiones y formulas políticas que no tubiesen trascendencia alguna; si la polémica se redugese á una administracion económica problemática, que dejase siempre los cimientos de la Sociedad y respetase la religion, base y cuspide de toda Sociedad, el clero abandonaria estas cuestiones, como Dios dejó el mundo á las disputas de los hombres. Pero la cuestion que en la actualidad se ajita, es una cuestion fundamental, es una cuestion de vida ó muerte.

Cuando el clero ha visto hollado el Concordato, invadidas las atribuciones de la autoridad eclesiástica, tendencias á protestantizar la católica España.

Cuando el clero ha visto atacada por sus cimientos la estabilidad de la sociedad, cuando ha oido la apologia de la libertad de cultos, cuando ha visto atacado lo mas sagrado de la Religion, cuando ha visto mofarse de lo mas venerando, cuando ha visto el sanguinario monstruo del socialismo, ó por mejor decir del vandalismo, agitarse la tea incendiaria en sus manos, en estas circunstancias exigis que no se mueva, que se esté con los bra-

zos cruzados, que no contribuya á evitar tamañas calamidades?

Como calificar estas vuestras exigencias? A falta de otros nombres, les daremos los epítetos de tontas y estúpidas. Vosotros mismos, ¿no calificarías de tonto y estúpido al clérigo, que viendose atacado por un asesino del que pudiera librarse, nada hiciera por evitar la muerte?

Pues este es el caso: el clero está en la persuasion que ciertos hombres y ciertos principios conducen la nacion á una inevitable ruina, y que otros hombres y otras ideas pueden irla sacando á salvo: qué extraño pues será, que presten su voto por estos, y no apoyen á aquellos?

Y cuentese, que al espresarnos asi, no condenamos á ningun partido verdaderamente político, si solamente á aquellos que son enemigos de toda sociedad, de toda religion, y de todo órden.

Si el partido progresista nos presentase por candidatos á algunos como Jaen, seguramente los votaríamos; si el partido moderado presentase por candidato á Seijas Lozano, y Nocedal, los votaríamos; votaríamos á todos los monárquicos religiosos. Si Jaen, Nocedal ó un angel nos predicaran otro evangelio y unas doctrinas opuestas al bien estar de la nacion, les negaríamos el voto. Y al obrar así, no solo no creeríamos haber faltado á nuestros deberes; sino que descansaríamos en la satisfaccion de haber hecho un bien al Estado y á la Iglesia, y una cosa agradable á los ojos de Dios.

### Seccion 3.<sup>a</sup>

#### LA NUEVA NIGROMANCIA.

#### IV.

#### Teorías.

Habiendo hecho relacion de los principales hechos de la nigromancia moderna, y de los caracteres con que se distinguen las tendencias religiosas en Ginebra y en Baviera, investiguemos la causa ó causas de los enunciados fenómenos. La solucion de este problema brotará espontáneamente del breve exámen que haremos de las principales teorías de cuantos se han dedicado á resolverlo.

No deben entrar en el número de estas teorías aquellas que no esplican, sino que niegan todos los hechos, atribuyéndolos todos, sin examinarlos, y sin escepcion alguna é impostura, engaño, y charlatanismo. Decimos *sin escepcion*; porque nadie duda, y nosotros somos los primeros en confesar, que algunos, muchos, muchísimos de los hechos que se cuentan son fruto de la impostura. ¿Quién no sabe que en todos los países es antiquísima la costumbre de aquellos que comercian con la credulidad del vulgo? Quién no sabe igualmente, que uno de sus preceptos es acomodarse á los tiempos, espíar el gusto, la voga y el movimiento actual? Es pues muy creible, que en el asunto que nos ocupa, algunos charlatanes y aventureros, viendo el rumor que movian los espíritus y las mesas, se hayan dedicado á fingir otros efectos semejantes. Podríamos citar algunos ejemplos, en los que la impostura fué solemnemente descubierta, y los espíritus que andaban y molestaban las

casas, fueron arrojados de ellas por los agentes de policía, sin otro exorcismo que el de un palo.

Pero pretender que todo sea impostura, es otro absurdo; es precipitarse de Scila en Caribdis. Los que así opinan, deberán negar la veracidad de todos los experimentos, y la autoridad de muchos y graves testigos que afirman como verdadera la realidad de los fenómenos, deberían negar toda fé á la autoridad humana; puesto que en este caso el mundo estaría dividido en dos partes, una y la mas pequeña sería la de los sicofantes embusteros, la otra é infinitamente mayor la de los engañados; si se admite esto, quien estaría seguro de que no suceda lo mismo en otros muchos casos?

Ademas, deberían esplicarnos entre otras cosas, como se ha guardado sin traspírarse al público el secreto de esta impostura, siendo así que se ha practicado en todas partes por tantos miles de *mediums*, la mayor parte de los cuales es del sexo femenino; es decir, de aquel sexo locuaz que no suele guardar los secretos; deberían explicar, como esta impostura se ha ocultado al ojo escudriñador de tantos testimonios imparciales y sagaces, y haya continuado y continúe todavia en obrar ilusiones tales, que exceden en mucho todo lo que se nos refiere de los mas famosos prestijadores. La impostura, como cualquier otro arte de los que llaman ocultos, siempre ha sido monopolio de muy pocos; y jamas ha sido duradera su fortuna; y cuanto mas vulgar se hace, tanto crédito y eficacia pierde, y tarde ó temprano viene á descubrirse el engaño: Por último: el que considere atentamente la naturaleza é historia del hombre, verá, que así como toda mentira supone una verdad, de la misma manera, toda impostura supone una reali-

dad, de la que es una imagen bastarda; y como no hay quizás ningun órden de hechos verdaderamente extraordinarios y maravillosos, que no haya sido contrahecho; tampoco ha habido impostura, á la que no haya correspondido un órden de hechos verdaderos. Por esto, el engaño descubierto en algunos casos, lejos de probar que todo sea impostura, sirve para probar que hay algunos verdaderos.

El mismo juicio debe formarse de aquella otra opinion, que todo lo atribuye á alucinacion. Segun esta opinion, no es un prestijador el que dando vueltas y revuelas á sus máquinas, engaña á los demas, haciendo aparecer milagroso un efecto natural; sino que es una enfermedad de la fantasía ó de los sentidos, que ilusiona, y alucina al hombre, presentándole como reales y verdaderas algunas apariencias de objetos, que no existen sino en su cérebro enfermo y viciado. Segun esta sentencia, los fenómenos nigrománticos ninguna realidad objetiva tienen; las mesas no giran, no danzan, no hablan; el lapiz no escribe, el aire no es herido con golpes y sonidos, el desorden, la estravagancia está en los ojos, en los oidos, y en nuestros sentidos, cuyos nervios invadidos de cuando en cuando por no se que humor vicioso, producen todas estas fantasmagorías.

Esta doctrina ha sido seriamente enseñada por un miembro del instituto de Francia, el señor Littré. Los recientes fenómenos, dice, de las mesas y de los espíritus, como los que en los siglos pasados se atribuyeron á la magia, no son otra cosa, que el efecto de alucinaciones epidémicas, que de tiempo en tiempo invaden al género humano, haciendo estragos en las inteligencias de los mortales, no de otra suerte, que las pestilencias los causan

los cuerpos. Y así como ciertas influencias físicas universales de miasmas producen en los cuerpos humanos las enfermedades epidémicas, de la misma manera, ciertas influencias morales de opiniones, creencias ó temores predominantes en la sociedad, causan, promueven, y favorecen en la misma sociedad aquellas perturbaciones del sistema nervioso, de que inmediatamente se originan aquellas alucinaciones. ¿Y cuáles son en nuestros tiempos las tristes influencias, que han podido alterar tan estrañamente los nervios y trastornado el cerebro á tantas victimas? Helo aquí: *Nuestra época (prosigue Litreé) es una época de revoluciones. Sacudimientos considerables han conmovido la sociedad, inspirado á unos terrores inauditos, y á otras esperanzas ilimitadas. En semejante estado el sistema nervioso se ha hecho mas susceptible. Por otro lado, cuando parecia iba á faltar el sol social, muchas almas han vuelto con ansiedad hácia las ideas religiosas como hácia un refugio; pero este retorno iba acompañado de ideas incrédulas: se hacia en presencia de ideas opuestas que conservan su parte de ascendiente, y en presencia de ideas científicas, que han inspirado un gran respeto, aun á aquellos mismos que temen su influencia: he aquí un concurso de circunstancias que ha debido favorecer la explosion contemporánea.*

Segun Litreé, las revoluciones sociales, y un nuevo desarrollo de piedad religiosa, pero mezclada con un poco de incredulidad, y un poco de ciencia, son las influencias que han podido dar á luz este monstruo de alucinacion universal, que en nuestros dias ha ocasionado todas las locuras de las mesas y de los espíritus.

Si alguno quiere saber como el Señor Litreé prueba la que él llama *teo-*

*ria espontánea* de los fenómenos alegados: hé aquí el compendio de todo su raciocinio. Es cosa observada, que siempre que se verifican estos fenómenos, los agentes y pacientes sufren perturbaciones nerviosas, las cuales pueden ser producidas no solo por agentes físicos y externos, sino tambien por accidentes y desórdenes internos, ya del organismo, ya de la inteligencia: las perturbaciones nerviosas naturalmente causan alucinaciones, y cuando estas se han apoderado una vez del hombre, no hay portento que no vea, no hay locura que no le hagan creer: la alucinacion puede tomar diversas formas; y bajo una misma forma, puede ser esporádica, ó epidémica. Y epidémicas fueron las alucinaciones de las brujas en la edad media, de los Camisardos bajo Luis XIV, de los Jansenistas convulsionarios de San Medardo, y epidémica es en el dia la de las mesas parlantes y de los espíritus, que como se vé por la comparacion histórica, no difieren en la índole, y por lo mismo ni en su origen, si, solamente en sus objetos.

Aquí acaba la demostracion del científico profesor del instituto; y con esta esplicacion se dá por satisfecho; mas, como habrá observado el lector, es una mera suposicion, mas bien que esplicacion de los fenómenos en cuestion.

Si en el caso presente se admitiera una alucinacion tan portentosa y universal, perderia del todo su valor la evidencia de los sentidos, y la autoridad del testimonio humano, ni se daría efecto alguno sensible, cuya realidad no se pudiera negar, atribuyendola á mera ilusion de los nervios enfermos y de cerebros delirantes; triste y desgraciado el mundo, si el contagio de la locura y de las alucinaciones viciase en nuestros dias el ayre que

respiramos, y causase entre los hombres tantos estragos como causaron las pestes de los siglos XIII y XIV; y como últimamente ha causado el cólera. ¿Quién dejaría de temer à cada instante la alucinacion, y lo que todavia es peor, sin apercibirse de ella? Por que entre las estrañas cualidades de este nuevo y monstruoso género de alucinaciones, que Litreé ha encontrado, se halla tambien ésta, que mientras en las demas los espectadores y el mismo paciente conocen y se aperciben del ataque de los accesos ó de las crisis nerviosas, que las producen, aqui nada de eso sucede; ninguno sabe cuando está loco ó en su juicio, cuando sus sentidos pasan de la vigilia al sueño, ó del estado normal al de delirio.

Que tambien hay en el dia, (y acaso hoy mas que en otros tiempos) enfermedades nerviosas, imaginaciones frenéticas, fantasias delirantes, cabezas alucinadas y monomanías de todo género, demasiado lo sabemos; que en los juegos de las mesas y de los espiritus, haya algunos alucinamientos, es bastante probable; pero que todo sea una vana fantasmagoría de cérebros enfermizos, propagada por no sé que misterioso contagio, esto no lo admitiremos nunca. Las alucinaciones nerviosas, gracias á Dios, son mas raras de lo que las hace Litreé.

Dejadas, pues, aparte estas opiniones, y suponiendo que los hechos sean verdaderos, sino en todos y cada uno de los casos, al menos en algunos, de los que no se puede dudar despues de tantos y tan graves testimonios; ven-gamos á las esplicaciones que de ellos se han dado.

Segun el reconocido axioma, que no debe recurrirse á causas sobrenaturales, cuando son suficientes las naturales, ni á nuevos agentes naturales,

cuando son bastantes los ya conocidos, las primeras esplicaciones que dieron los instruidos á la aparicion de los fenómenos americanos, fueron sacadas de la fisica. La eletricidad, operatriz misteriosa de tantas otras maravillas, fué al instante adoptada para dar razon de esta. El girar de las mesas y de otros cuerpos se tubo por un fenómeno de rotacion electrica, semejante á la rotacion de los discos descubierto por M. Arago, que se suponía producida por las corrientes eléctricas salidas de las manos de los que las ponian en círculo sobre el cuerpo que rodaba. Pero multiplicándose las esperiencias y los fenómenos, la esplicacion eléctrica en vez de confirmar la primera suposicion, se encontró contrariada en muchos casos; los hechos se manifestaron tan rebeldes á todas las leyes conocidas de electricidad dinámica y estática, que fué necesario abandonar esta esplicacion.

Mejor fortuna tubo la esplicacion mecánica, de la que fueron autores é intérpretes renombrados fisicos, como Foucault, Babinet, Chebreul, Orioli, Faraday, y otros muchos. Segun Babinet, el movimiento se trasmite á la mesa por los concordés impulsos de las manos que le son impuestas, y ligeramente la oprimen. La tension prolongada del brazo produce un temblor nervioso, y una série de vibraciones insensibles en el sistema muscular de cada uno de los esperimentadores; estas vibraciones por el contacto de las manos se comunican y vigorizan mutuamente, y euando han llegado á uniformarse, y tomar todas una misma direccion, sus impulsos, aunque pequenísimos, adquieren por la simultáneidad y por el estado naciente en que se hallan una fuerza maravillosa, capaz, dice él, de producir movimientos *muy enérgicos*. A esta ra-

zon puramente mecánica, se agrega la influencia fisiológica, que tiene la imaginación, la voluntad, y aún el pensamiento para producir el mismo movimiento, comunicando á los órganos un impulso espontáneo aunque inadvertido, como se vió en las esperiencias de la péndola adivina de Chebreul, y se tendrá cuanto basta (según los dichos autores) para dar cuenta de todos los movimientos de las mesas, aun los mas violentos y singulares.

Esta esplicacion pudo parecer probable y suficiente en los principios, cuando no se trataba sino de simples rotaciones de mesitas y otros cuerpos ligeros, que, ó por poca mole, ó por agilidad de sus formas é inestabilidad de equilibrio, no ofrecieron gran resistencia al movimiento, que una vez dado, era fácil conservar, aumentar ó dirigir, ya en línea recta, ya en círculo; pudo ser suficiente dentro de ciertos límites, esto es, mientras no habia gran desproporcion entre la indole ó intensidad de los efectos producidos, y el poder de la causa á que se atribuian; pero multiplicandose, y haciendose en mayor escala los fenómenos, bien pronto se manifestó insuficientísima.

En efecto; quién creará que la suma de unos pequenísimos temblorcillos nerviosos, ó las tenuísimas impresiones de algunas manos (ó sean cuantas se quiera) sea bastante á producir aquellas rotaciones rapidísimas, aquellos saltos, aquel levantarse en el ayre, aquel resistir, aquellos movimientos violentos de mesas fuertes y pesadas, naturalmente inertes, tanto por la gran mole de sus cuerpos, como por la solidez de su equilibrio, con todos aquellos otros juegos maravillosos de fuerza y de gimnástica? ¿Quién querrá creer que el hombre,

solamente con imponer ú oprimir sus dedos sobre un cuerpo dado, pueda darle tanta fuerza de movimiento, cuanta no podría darle con todo el nervio de sus brazos? Mas aunque se concediese todo esto, no por eso quedaba resuelto el problema. Porque las mesas no solo giran y se mueven como cuerpos inanimados, sino es que hablan, y responden y adivinan, golpeando con el pie, señalando entre los números y caractéres alfabéticos que se les presentan los que conocen ser mas á propósito para dar la respuesta, ó moviendo el lapiz, ó haciendo otros signos propios de séres animados é inteligentes. ¿Cómo pues conciliar estos hechos con la esplicacion mecánica, ó *mecánico fisiológica* ya citada? Babinet que no quiere admitir otros hechos que los que proceden de sus impulsos musculares, resuelve la dificultad en dos palabras, y con una desemboltura pasmosa. A la pregunta: *las indicaciones de la mesa son inteligentes?* no duda responder, si: y he aquí la razon: *por que la mesa responde bajo la influencia inteligente de los dedos impuestos.* Lo mismo asegura Chebreul: he aquí como se explica: *la facultad de hacer golpear una mesa adquirida una vez por medio del mecanismo, y supuesta la fe en la inteligencia de esta mesa, yo concibo como si se dirige una pregunta á la mesa, despierta en la persona que obra sobre aquella, sin que lo advierta, un pensamiento cuya consecuencia es el movimiento muscular, capaz de hacer herir uno de los pies de la mesa, conforme al sentido de la respuesta, que parece mas verosímil á esta persona.* De modo que según esta esplicacion, cuando se hace una pregunta á la mesa, vuestro pensamiento espontáneamente formará una respuesta; á este pensamiento natural-

mente seguirá un movimiento de músculos, que bastará para levantar la mesa, y hacerla dar golpes; los golpes serán justamente los que se necesiten para espresar la respuesta pensada, y satisfacer á la pregunta. Quizás insistireis en preguntar: pero esta facultad de hacer golpear á la mesa, ¿como ó de donde se desarrolla? puesto que este es el nudo del problema? Además, como puedo yo tener fé viva en un absurdo tan monstruoso, cual es la inteligencia de una mesa? Sobre todo en el acto mismo, que vos me enseñais, que esta inteligencia nada tiene que hacer en el fenómeno, sino que todo es un juego de mi pensamiento y de mis músculos? Y estos músculos de mis dedos descansando suavemente sobre la mesa, cómo pueden imprimirle un movimiento tan fuerte y extraño? Y esto cuando el impulso que reciben por la presencia del pensamiento debe ser tan débil é insensible, que se escapa á la percepción de la conciencia, y á todo precepto de la voluntad?

Á estas como á otras muchas y gravísimas dificultades que se podrían oponer, en vano se espera que Chebreul responda ó pueda responder. Y aun cuando respondiese, su respuesta jamás sería satisfactoria. Su teoría como la de Babinet supone, que siempre hay contacto y aun presión de las manos sobre la mesa giratoria ó parlante; y las mesas algunas veces se mueven, se levantan, y danzan sin que se las toque ni con la mano ni con instrumento alguno, sino obedeciendo á la simple señal de la mano puesta á alguna distancia, á la sola voz, á sola la voluntad del *medium*. En este caso, qué puede responder la teoría mecánica? Y qué puede responder á tantas otras maravillas de que van acompañados los fenómenos mas comunes?

Cierto es que el Sr. Babinet encuen-

tra un medio muy cómodo de salir del paso, ó negando los hechos que no pueden acomodarse á su esplicacion, ó atribuyéndolos á prestigio de impostura; porque dicen; los demas fenómenos que se refieren haberse verificado sin contacto, son imposibles, pues no hay en la naturaleza un egemplo de movimiento sin un agente exterior.

Muy bien; pero este agente estero, ó sea estrinseco á la mesa movida ¿es necesario que sea visible? El mundo es por ventura todo él una cosa palpable á nuestros sentidos? En la naturaleza creada, ¿no hay algun agente invisible, capaz de imprimir aquellos movimientos?

Cuando se vió, que los agentes y las leyes de la fisica ordinaria eran insuficientes para esplicar todos los fenómenos, cada dia mas admirables de la moderna nigromancia, buscaron muchos la solucion en una esfera mas recóndita; pero sin salir del círculo de las causas naturales. Y asi como el campo de lo desconocido no tiene límites, y abre una libre carrera á todos los sueños de la fantasía, no es fácil referir cuantas y cuantas hipotesis, teorías y sistemas se escogitaron para descifrar el grande enigma. Entre tantas hubo una que adquirió fama y autoridad, y todavia tiene crédito para con muchos. Es la hipotesis magnética que atribuye los prodigios de los espíritus y de las mesas al mismo principio á que se atribuyen los fenómenos no menos extraordinarios del magnetismo animal. Y ciertamente, nadie podrá negar que unos y otros tienen singulares semejanzas. Asi como el magnetizador egerce sobre la persona magnetizada una accion oculta, poderosa y de maravillosos efectos, lo mismo hace el *medium* sobre la inerte materia de las mesas. La voluntad es en el primero, segun los magnetólogos,

la fuente principal y necesaria de la virtud magnética; y esta misma es en el segundo: como el magnetizador puede algunas veces sin manipulaciones ni pasadas magnéticas, adormecer & al magnetizado, bastándole el solo mando, así también el *medium* puede hacer girar y hablar á las mesas con el solo imperio de la voz ó de la mente. El somnábulo lucido tiene, ó cree tener la facultad de ver cosas ocultas ó distantes donde no puede alcanzar la vista; y el *medium* tiene la facultad de mover, estando distante y sin contacto de órganos motores, los cuerpos circunstantes. Finalmente, si los magnetizadores son frecuentemente excelentes *mediums* ó vice-versa, con frecuencia también los mismos *mediums*, y especialmente los *mediums* escribientes ó parlantes ofrecen en el acto de sus experimentos los mismos parosismos nerviosos, los mismos fenómenos patológicos que se ven en los somnabulos magnéticos.

Aunque el magnetismo animal, considerado en general, parezca á algunos el único y verdadero principio de los nuevos fenómenos nigrománticos, no están sin embargo conformes en el modo de aplicar este principio. Ni debe causar estraneza, puesto que, como confiesan sus mismos campeones, la ciencia del zoomagnetismo, está en su cuna, y como nos parece á nosotros, aun está por nacer, si es que ha de tener la fortuna de nacer. La incertidumbre pues, y la discordia que reina entre los maestros del magnetismo, al explicar los efectos magnéticos, es mas considerable con respecto á los fenómenos nigrománticos. Esto no obstante, haremos una breve reseña de lo mas comunmente recibido entre los magnetistas.

La voluntad humana, por medio del fluido nerveo (ó sea fluido vital,

biótico, magnético, zoomagnético, simpático, cerebral ó como quiera llamarse) no solo mueve y domina al propio cuerpo, sino es que haciendo salir con arte aquel fluido, y dirigiéndolo hacia otro cuerpo vivo, puede egercer sobre el sistema nervioso de este una influencia y un dominio, capaz de producir aquellos maravillosos efectos que se conocen bajo el nombre de magnetismo animal. Ahora pues; si la voluntad y el fluido que le sirve de inmediato ministro, pueden actuar bajo ciertas condiciones, esta virtud magnética sobre los cuerpos vivos; porque no podrá verificarse también y egercerse en los cuerpos inertes? Suponiendo que la voluntad de uno ó muchos experimentadores, echando fuera del propio cuerpo orgánico su fluido nerveo, lo dirija, y concentre convenientemente sobre una mesa, esta, invadida de la potencia magnética, se hará instrumento docilísimo de aquella voluntad, lo mismo que la mano, el pie, ó cualquier otro miembro que le pertenezca; y no solo podrá obligar á la mesa á girar, levantarse, inclinarse, y trasladarse, sino es que la mesa podrá hablar, responder, escribir y dar otras pruebas de inteligencia, como lo hace la mano, la cual movida por medio del fluido al imperio de la voluntad, produce continuamente tantos signos de inteligencia, cuantos son los mandatos del principio inteligente.

Los cuerpos esternos é inanimados vienen de este modo á participar de la vida humana, reciben y trasmiten un reflejo del pensamiento. Así (añade aquí uno) quién sabe si la materia misma llegará á espiritualizarse bajo el influjo de aquel fluido? ¿quién sabe si el magnetismo despertará en la materia la virtud dormiente del pensamiento y la convierta de cosa en persona? porque si el cerebro piensa,

no lo debe sino á la esquisita elaboracion de la sustancia nervea, ó del fluido de que está compuesto. Si este fluido, salido de un cerebro exuberante de espíritus vitales, (y mejor aun si muchos cerebros conspiran juntamente con efluvios convergentes,) si este fluido, dicen, se introduce por los poros de una mesa, porqué no podrá comunicarle vida y el pensamiento? Todo está vivo en la naturaleza, todo participa mas ó menos de la vida universal del gran cosmos; mas para que la materia inerte y bruta se despierte de aquel sueño en que yace, y llegue hasta el grado de vitalidad suprema, que es el pensamiento, se requiere y basta, que la invada aquel sutilismo y maravilloso fluido magnético, que es el vehiculo, y el ministro universal de la vida.

Asi discurren estos profundos pensadores; y en los prodigios de las mesas saludan la aurora de una nueva edad filosófica, que revelará al mundo el gran misterio de la vida, con respecto al cual han trabajado infructuosamente tantos ingenios.

No nos detendremos en refutar el grosero materialismo de estos últimos, para los que basta un poco de fluido para hacer pensar á la madera, (y para pensar tales desatinos, necesario es, decimos nosotros, tener una cabeza de madera), ni el materialismo un poco mas fino de aquellos que atribuyen gratuitamente á la voluntad el poder de obrar con solo el fluido sobre los cuerpos esternos. En cuanto á los primeros es concluyente respuesta la célebre burla que de ellos ha hecho el venerando Nector de la física moderna, Alejandro de Humboldt en una carta á Jobard, que han transcrito todos los diarios de Europa. En cuanto á los segundos, ademas de que su doctrina ningunas pruebas dá, está en contradiccion con

todas las leyes ciertas y conocidas de la física y fisiología, y con los mismos fenómenos que pretenden explicar. En efecto; si la voluntad y el fluido nerveo fuesen los motores de las mesas, estas en sus movimientos no podrían dejar de obedecer á la misma voluntad, y siempre serian unos fieles reflejos del pensamiento; y si por casualidad alguna vez no obedeciesen al mandato, jamas podrían egercer un acto positivo de rebelion, y mucho menos decir cosas que no están en el pensamiento del *medium*. Pues esto ha sucedido muchas veces. ¿Cómo pues explicar todo esto con el influjo de la voluntad, y con el reflejo del pensamiento? De aqui es que tambien escluimos la hipotesis magnética.

Se ha inventado otra teoria por un autor aleman para explicar los fenómenos de las mesas y de los espíritus; y es de tal originalidad, que no podemos menos de dar cuenta de ella. Segun el autor, las recientes maravillas del espiritualismo americano, en la mayor parte de los casos, no salen fuera del órden natural, aunque tocan los límites estremos donde confina con el sobrenatural. He aqui los puntos capitales, los rasgos característicos de su nueva teoria.

La naturaleza del hombre en la perfeccion original en que Dios la crió, y la constituyó en el paraiso, tuvo dotes y facultades mucho mayores que las que posee ahora despues de la corrupcion del pecado; el que quiera conocer la condicion natural del hombre, no debe estudiarlo como és, sino como fué en los dichosos principios de su integridad é inocencia. Entonces el espíritu egercia sobre la materia un poder y un dominio cuasi absoluto: á su voluntad obedecian no solo los miembros del cuerpo propio, sino los cuerpos esternos, sin necesidad de contacto ó im-

pulso material, moviéndolos el espíritu espiritualmente, como espiritualmente mueve los nervios y los músculos de su organismo. La facultad visiva naturalmente se estendia mucho mas allá del campo de la vision orgánica, penetrando con una segunda vision las cosas mas ocultas y distantes. Teniendo entonces el alma el sublime grado que en la escala de los seres le compete, y hallándose como en el confin de los dos mundos, mientras por una parte ejercia su imperio sobre el mundo material, por otra comunicaba libremente con el mundo de los espíritus puros. Pero el pecado, desordenando toda la naturaleza del hombre, la despojó de estos dones, los cuales, aunque totalmente no hayan sido destruidos, yacen como dormidos y perdidos. Si por una causa cualquiera, el alma del hombre, desencadenándose de la esclavitud de la materia, se aproximase á aquel estado de libertad y dominio que tuvo al principio, volveria á su primitiva naturaleza. Las causas que pueden producir en el hombre esta reintegracion, son dos: el ascenso sobrenatural, y el ascenso natural. Del primero tenemos ejemplos luminosos en los santos, cuyo poder taumaturgo fué, al menos en mucha parte, é indirectamente efecto natural de su eminente santidad. La mística natural es menos eficaz; puede sin embargo devolver al hombre alguna parte de aquella facultad paradisiaca, que perdió con la primera naturaleza. Consiste en varias prácticas que se dirigen á levantar el espíritu sobre la materia, haciendo mas libre y poderosa su accion; como son la castidad, los ayunos, la soledad, la contemplacion, el concentramiento profundo de las facultades intelectuales y de la voluntad en un objeto. Ejemplos ilustres de esto fueron no pocos de los mismos paganos, como Apolonio Tia-

neo, Iamblico, Plotino, Proclo y otros Neoplatónicos, celebrados en su tiempo por las maravillas que obraban.

Pues á una causa semejante deben atribuirse las maravillas de los magnetizadores, y de los *mediums* en nuestros días. Son fruto de un ascenso natural, cuyas prácticas consisten en la concentrada energía de voluntad, en la atencion profunda, en el aislamiento del espíritu, en la fuerza del imperio del alma, en la fé viva en el magnetismo. El magnetismo no es solamente una fuerza especial, sino un nuevo estado del hombre sublimado sobre la condicion vulgar de la naturaleza, y aproximado á aquella escelencia que tuvo en el paraíso. En este estado, no obra segun las leyes físicas ordinarias, sino segun las leyes primitivas de su naturaleza íntegra y virgen que le reconquistan dotes maravillosas. Entre estas resaltan: 1.º la facultad de ver á largas distancias, sin ayuda de órganos y al través de cuerpos opacos; 2.º la facultad de obrar en lugares distantes; esto es, con solo el imperio de la voluntad, sea sobre cuerpos vivos, como sucede en los magnetizadores, sea sobre cuerpos inertes como son las mesas; 3.º la facultad de comunicar con los espíritus puros, cuales son las almas de los difuntos, los ángeles y los demonios.

Tal es en resumen la nueva teoría propuesta por un católico alemán, para esplicar naturalmente los portentos de las mesas y de los espíritus, y aun los del magnetismo animal, que tienen una misma índole y origen. No puede negarse, que si fuera verdadera, como es ingeniosa, sería muy adecuada al intento, por que abraza en su amplitud, (lo que no hacen las precedentes) todos los fenómenos, esplicándolos todos. Pero, si hemos de

decir libremente nuestro parecer, nos parece falsa, no solo tomándola como tesis, sino tambien como hipótesis. Para ser tesis le faltan sólidas pruebas; puesto que, aquellas pocas é inciertas analogías en que se funda, mas bien que argumento solido son sombras y apariencias, y contra ellas se podrian aducir otras muchas de mayor peso y fuerza. Para que pudiera ser aceptada como hipótesis, no debería estar en repugnancia con otras verdades ciertas y conocidas, como creemos que esté.

En primer lugar la idea que se dá de la naturaleza humana, y de sus facultades en el estado primitivo, contradice á todo lo que la sana filosofía y teología nos enseñan y demuestran. Segun la sana teología, el hombre por el pecado nada ha perdido de cuanto poseía originalmente en el órden puramente natural, y su naturaleza no se diferencia hoy en cuanto á sus propias facultades de la que tuvo en la primera creacion, sino en aquellos bienes que gratuitamente se le habian añadido; de estos unos eran estrictamente *sobrenaturales*, como la gracia santificante; otros solamente *preternaturales*, en cuanto que perfeccionaban en su orden la naturaleza, aunque no le eran debidos; tales son la inmortalidad, la inmunidad de los dolores, la integridad ó sea la sujecion de los sentidos á la razon. De este doble órden de bienes, la redencion restituyó al hombre los primeros y mas preciosos, pero no los segundos, disponiéndolo asi la sabia economia del divino Redentor; pero asi como unos y otros le fueron dados por gracia, y quitados por el pecado, tampoco se le restituyen sino por la gracia de aquel que lo redimió del pecado. Esto supuesto, que deberá decirse de estas facultades magneticas para ver

y obrar en lugares distantes y sin la ayuda de órganos corporeos sobre la materia esterna, que el autor atribuye al hombre en su estado original? ¿Eran estas facultades preternaturales ó naturales? Si preternaturales, jamas podrian reconquistarse por ningun poder ó ascenso natural. Si naturales, no se hubieran perdido, y el hombre las poseeria hoy tan sanas y vigorosas como las naturales facultades de moverse, hablar, ver y tantas otras.

Lejos de ser naturales estas facultades, contradicen á la esencia misma de la naturaleza humana, que está compuesta de espíritu y materia orgánica, y como tal requiere siempre, que el alma en sus operaciones con respecto al mundo sensible se sirva de los órganos corporeos, que para esto le dió el Creador, para esto vitalmente unidos á ella, y esencialmente distintos de todos los demas cuerpos esternos. Creer otra cosa, es hacer superfluos estos órganos, es igualar el alma todavia viadora con los espíritus puros, trastornando la naturaleza, y perturbando el órden y armonia natural de la creacion.

Nuestra alma aun en el poder de dar movimiento á los cuerpos, se diferencia tanto de los espíritus puros, que como enseña Sto. Tomás, no solo no puede mover inmediatamente en la vida presente cuerpo alguno fuera del propio, sino es que aun separada de él, permanece inepta para esto. *Anima separata sua naturali virtute non potest movere aliquod corpus. Summa S. Thom; p. 1, q. 117. art. 4.*

A esto se añade que, asi como el obrar en puntos distantes es cosa absurda, ni los espíritus ni el alma humana pueden mover inmediatamente ningun cuerpo, sino estan sustancialmente presentes á este cuerpo. Por esto, si el alma quisiera mover un cuer-

po esterno sin la mediacion de los órganos, traspasando los limites de la prision orgánica, debería estar sustancialmente presente á aquel, y esto se opone á la unidad individual del compuesto humano.

Fuera de estas dificultades hay otras no menos graves, que nos obligan á rechazar esta última teoría. Aquella mezcla que se hace de lo sagrado con lo profano, de lo sobrenatural con lo natural, atribuyéndo á la Santidad, que es cosa divina, y á ciertas practicas humanas efectos maravillosos del mismo órden; aquel representar á los santos y teurgos paganos, y los magnetizadores modernos en una misma categoria de elevacion, mas ó menos perfecta hacia la naturaleza paradisíaca; aquel atribuir á ascensos meramente naturales la virtud de reconquistar algunos dotes perdidos por el pecado, todo esto nos parece resentirse demasiado de aquel naturalismo racionalístico, que tiende á confundir el cielo y la tierra en un mismo caos; y donde naufragan igualmente la religion y la razon.

Ultimamente: si fuera verdadera la teoría de que hablamos, se seguiria que esta práctica no solo sería lícita, sino muy laudable. Porque ¿qué cosa mas loable que aspirar á la antigua integridad y excelencia del hombre inocente? Pero estas consecuencias son opuestas á las máximas y al espíritu de la Iglesia. La Iglesia, aunque hasta el presente no haya pronunciado ninguna condenacion absoluta contra las practicas del neoespiritualismo americano y del zoomagnetismo; lejos de recomendarlas y promoverlas, ha manifestado siempre por boca de sus Obispos y Congregaciones romanas tenerlas por muy sospechosas. Tanto mas, cuanto que entre las practicas del neoespiritualismo ocupa el principal

lugar el comercio nigromántico con ciertos espíritus de naturaleza cuando menos peligrosa.

Bien es verdad que el autor mismo de la teoría advierte el peligro que se correde ilusiones diabólicas, y supersticiones en semejantes prácticas; pero si por un lado esto manifiesta la buena fé de su ánimo, prueba por otro la mala causa que defiende.

Habiéndose alargado demasiado este artículo, dejaremos la conclusion para el siguiente.

## Seccion 4.<sup>a</sup>

### LECTURA RECREATIVA.

#### Lorenzo ó el Conscrito.

##### *El solitario.*

No hay quizás ningun jóven, ni señorita que no haya leído por diversion el *Robinson* de Hamburgo y el *Robinson* Suizo, y pasado muchas horas del dia y de la noche en la agradable lectura de aquellos variados sucesos llenos de curiosidad. El primer *Robinson* caido en el mar cerca de una isla desierta, y habiendo perecido desgraciadamente los marineros y pasajeros, solo él nadando con pies y manos pudo llegar á la isla. Estaba desnudo, solo y desprovisto de todo; sin otra esperanza que en Dios, y en la constancia de su fortaleza. Encontró en un monte poco distante una pequeña caverna, y acobijándose en ella, y buscando despues frutas silbestres para apagar el hambre que tenia, vió la nave rota arrastrada por el impetu de las olas, y estrellada entre dos grandes escollos.

De este desgraciado accidente tomó el novelista inglés con la fecundidad de su ingenio la feliz ocasion de con-arnos todas las industrias del naufrago Robinson, y nos describe el modo con que llegó á formar de la caverna un cómodo y seguro asilo. Nos cuenta las trazas de que se valió para pescar y cazar, y otra infinita variedad de aventuras y sagaces ardidés, haciendo así sumamente agradable la lectura

El otro Robinson llamado el *Suizo*, está tambien lleno de aventuras curiosas, acaecidas en una isla del Oceano, donde habia naufragado con su muger é hijos. Y como en el primero se pretende probar de quanto es capaz un hombre con la agudeza de su ingenio, el valor del corazon y la constancia de una índole firme, así en la familia del Antistite Zuingliano se demuestra el poder de la solicitud paterna para librar á los hijos de todas aquellas necesidades de que se encuentran rodeados en una playa solitaria, y separada de toda sociedad, sin armas, sin vestidos, sin comida y sin albergue.

Mas estos Robinsones se hallaban en tierra descubierta y abundante de frutos, de animales y de pesca. Eran libres para entregarse á mil egercicios, para pensar y practicar mil cosas, para aplicarse á mil empresas saludables y gustosas. Pero nuestro Lorenzo está encerrado en una cueva, y sin saber siquiera si podria disfrutar la luz del sol.

¡Que estado este tan penoso ¡si se considera el natural fogoso, resuelto y atrevido de Lorenzo! ¡la edad, el vigor de las fuerzas, el ansia de las diversiones, el ardor por la caza, la necesidad de egercicio, de hablar, y de comunicarse! por mucho mas penosa tendrá esta situacion el que recuerde que

Lorenzo tenia un corazon sumamente sensible, que estaba enamorado, y con un amor tanto mas grande, quanto era mas secreto y profundo, pero comprimido en las íntimas fibras del pecho que ardia sin alivio ni consuelo alguno.

Despertándose á la mañana, Lorenzo abrió los ojos, miró en torno suyo, y en aquel primer aturdimiento no sabia donde estaba, pero sentándose en la cama, vió que á su frente se proyectaba una viva luz.

Entonces se puso á considerar tranquilamente aquella espaciosa habitacion, midió con la vista su altura, vió los puntos reentrantes, que la noche anterior le habian parecido fauces del antro; observó otra luz por detras de su cabeza, y que por aquella parte habia dos desembocaderos que daban al mar, y por los que se renovaba el aire puro.

Se vistió, recogió las mantas; vió á un lado la jarra y vacia; se labó, se atusó los cabellos, y comenzó á examinar curiosamente su nueva casa.

Lorenzo quedó admirado cuando vió que desde las dos bocas de la roca, que estaban frente la vanda meridional se estendia un horizonte vastísimo; largo tiempo pasó en mirar aquel horizonte, y despues volvió á entrar para examinar todo lo demas de la caverna. Mas ¿cual fué su alegría cuando á la izquierda de una de las bocas vió una revuelta, andando por la cual salió á un bestibulo oval cubierto hasta la mitad de piedras grandes que habian dejado las aguas del mar, y abierto por la parte del Oriente à manera de terrado con tanta luz y aire, que era una delicia el verlo? Aproximando la vista á algunas hendiduras, que dejaban las piedras, vió que por ellas se descubria la playa; reconoció un ángulo del jardín de su padre y mucha

parte del puerto, y aun le permitian ver hondear la barca que la noche anterior lo habia llevado al monte en que se hallaba sepultado.

Aquel descubrimiento fué para Lorenzo un paraíso, y la alegría de su corazón, fué tan grande y tan viva, que le obligó á saltar y dar brincos como un loco, corrió hacia aquellas peñas, y las acariciaba y besaba como si tubieran conocimiento, y tanta era la multitud de afectos, que no vió una fuente de la que brotaba una varita de agua fresca y cristalina, que recogiendo en una pequeña cuenca rebosaba á lo largo de la roca por un canalito bruñido, saliendo á precipitarse al mar; pero cuando despues Lorenzo, calmada ya su primera alegría, llegó á ver aquel filon de agua, y haciendo vaso de la misma mano, la bebió, volvieron á empezar aquellos gozosos raptos.

Pero reflexionando, que aun no habia dispuesto la comida, fué por un vaso, lo llenó en su fuentecilla, y volviendo al hogar, y desenvolviendo algunos carbones, los encontró encendidos, añadió otros, arrimó la chocolatera; picó una castaña de chocolate, y cuando vió que el agua herbía, echó los pedacitos, y agitándoles rápidamente con el molinillo, consiguió hacer el chocolate que se tomó con un pedazo de pan de España.

Habiendo desayunado, recogió el fuego, fué á labar la taza, y despues empezó á visitar parte por parte, todas sus provisiones. Por un lado vió en una cesta, manteles, servilletas, toallas, y en otra sábanas, calzoncillos y camisas; despues, abriendo muchas cajas y cofrecillos encontró todo lo que le habia dispuesto el amor de Leonor; las botellas de vino, y los pernils &c., por lo que Lorenzo no acababa de admirar las finezas de su hermana, y la alaba-

ba en altas voces, sintiendo en el alma el estar privado de tan dulce compañía, que en aquella soledad hubiera preferido á todas las sociedades del mundo.

Abrió despues el baul de sus libros, que eran de hermosas y elegantes ediciones, pero desgraciadamente llenos de veneno, y contaminados con toda clase de errores. Ocupaban el primer lugar Volney con sus ruinas, Rouseau con su Emilio y Heloisa, Voltaire con sus mas seductores tratados, Obbes, Elvecio, Freret, d' Alambert, el Wenter de Ghoete, la Corina de Weiland, con otros semejantes ingleses, franceses é italianos. Estos eran los libros que en aquellos dias circulaban entre los jóvenes que caían bajo las uñas de ciertos buitres, adornados con plumas de palomas; y Lorenzo era uno de aquellos infelices que habia encontrado encomiadores de aquellas doctrinas, y aun quien le prestase y regalase aquellos libros.

Lorenzo despues de haberse entretenido con estos libros, y fijado algunos clavos en las hendiduras de la roca, colocó como si fueran cuerdas algunas tablitas, y formó así una pequeña biblioteca. Para pasar mas agradablemente el tiempo, habia llevado tambien un nuevo atlas, dividido con brillantes y distintos colores, que indicaban los lugares de los viages de Cook y de los mas famosos navegantes de los mares arcticos y meridionales. Despues sacó los dos telescopios para armarlos, y dirigirlos segun fuese necesario. El telescopio de mar no podia enderezarse sino detras de un salidizo que estaba hacia la boca de la derecha, é impedía que la persona fuese vista por los navichuelos del golfo; la escasa luz de la cueba impedía que de lejos fuese vista ni aun por los mejores anteojos de navio.

El Telescopio celeste exigia vistas mas elevadas, y el gracioso reducto de la fuenteilla le abria una ancha ventana para espaciarse hácia la parte de Levante, y seguir el curso de los astros hasta la altura meridiana. Ni se contentó con esto: deseando vivamente ver sin peligro todo lo que le fuese posible del jardin de su padre, y toda ó parte de la fachada del Palacio, decia en su interior; si subo sobre los escollos, necesariamente ha de quedar descubierta la cabeza y quizás todo el cuerpo, y me espongo á ser visto de los jardines, principalmente del de Isabel que está en frente de esta peña: el hacerlo de noche ¿de qué me serviria? aunque brille en toda su plenitud la luna, no podré ver sino sombras.

Pero el amor es un maestro sutil y astuto; y mientras Lorenzo descorazonado, desesperaba de la empresa, repentinamente brilló por su mente un pensamiento por el que, si le salia bien, tenia esperanzas de poder ver sus mas caros objetos, aun estando sentado leyendo ó desayunando. En la acalorada fantasía del deseo creia, que su ingenioso artificio le permitiria ver no solamente la fachada y terrado, sino hasta lo que hubiese dentro de las habitaciones, cuando las ventanas estuviesen abiertas: y ya veia con su imaginacion á Leonor sentada delante de la fachada, mirar tristemente hácia el escollo que encerraba á su querido hermano, y saludarlo desde alli, y hacer votos por su salvacion. Esperaba tambien ver por las tardes pasear por su jardin á Isabel, á la que secretamente amaba con un amor vivo y sincero, y que por muchas demostraciones conocia era correspondido con cándido y puro afecto, y se la figuraba triste por su fuga, incierta de sus aventuras, y

sentada bajo algun arbol suspirando por él, y dirigir sus miradas al mar, por que acaso creia se habia fugado á Cerdeña.

Tenia entre las cosas que habia mandado llevar á Bautista un lente grande, preparado por el reverso con cera ahumada que reflejaba en miniatura todos los objetos que pudieran pintarse en él. Estando, pues, pensativo en el vestibulo y levantando los ojos vió, que una punta de la peña se destacaba sobre otra á manera de obelisco. Aunque á costa de muchos esfuerzos, consiguió echar á ella un nudo de la cuerda, subió de noche aquella parte, desde donde se descubrian todos aquellos alrededores: tanto picó con algunos escoplos, que hizo una cabidad suficiente para engastar alli el lente: lo enyesó todo al rededor; y bajó á la cavernilla. A la mañana siguiente, tomó un espejo cóncavo que aumentaba mucho los objetos, lo colocó de tal modo, que cuantos objetos se pintasen en el lente, viniesen á reflejar al espejo en el que todo lo pudiese ver.

Y, cual fué su alegría, cuando vió reflejados en el espejo los árboles, los caminos, los puentes, las flores, y blanquear entre los naranjos y los cedros el suntuoso palacio de su padre, que estando entonces iluminado por el sol, presentaba hermosísima perspectiva, y hacia resaltar las sombras de los salidizos, y el fondo de las ventanas dejaba aquella obscuridad necesaria, para que cualquiera persona que en ella se presentase, fuese reconocida? Lorenzo á la vista de aquel repentino panorama palideció, y aun mismo tiempo saltaba de alegría, y temblaba como un hombre que sale de sí mismo dulcemente estasiado; se apartaba, volvía á acer-

carse, se colocaba de lado mirando fijamente; volvía la cabeza cuando á una parte, cuando á otra, con aquella sonrisa que asoma sobre los labios de los pintores, cuando estudian los efectos, y las luces de sus cuadros bajo los diversos aspectos con que los miran.

Mientras ansiosamente esperaba que alguno se asomase á la ventana para ver si lo podía reconocer, vió salir al terradillo á su leon, que era un hermoso galgo danés, que siempre solía acompañarlo al paseo, ó cuando montaba á caballo. Con su vista recibió Lorenzo un gran consuelo; y parecíale que el fiel animal estaba triste por la ausencia de su amo, y que miraba al peñascal, y que no apartaba de él sus miradas, y que levantaba la nariz como para buscar en el ayre el olfato de su Señor: Lorenzo, se detuvo un gran rato delante del espejo, y como si no estubiese distante de los suyos, decia: Ah Leonor! ¿por qué no sales? Aquí estoy de centinela esperandote ya hace mucho tiempo: manifiestame tu alegre semblante, da los buenos dias á tu Lorenzo, damelos, Leonor; tengo tantas cosas que decirte! Mientras el pobre jóven se ilusionaba asimismo, y se lamentaba con las desnudas peñas, volvió la vista á la izquierda del espejo, hácia el jardin de Isabel, y le pareció como que se movía alguna cosa, que se dirigía hácia los rosales que en el bosquecillo rodeaban la pesquera. Lorenzo, al ver moverse la sombra, fijó la vista; pero antes de poder distinguir bien el objeto, desapareció por detras de los rosales. Será Tomás el jardinero, decia en su interior, ó Carolina su muger, que vendrán á coger agua para las legumbres, ó á podar los ramos superfluos. Sin embargo, no queriendo perder

las esperanzas que al principio habia concebido, miraba con cuidado, para ver si distinguía lo que mas deseaba.

Por fin vió salir lentamente entre los rosales una gorra de paja, debajo de esta un hermoso vestido azul de una jóven que se dirigía en busca de las flores; dióle un salto el corazon. Si será *ella*, si no será *ella*: si: aquel es su porte; este es su modo delandar; quizás ahora con una azadilla de acero está removiendo la tierra, ahora está echando nueva tierra al pie de los rosales, ahora quita las secas, ahora desmocha y poda los pimpollos falsos; ¡ah! ¡*ella* es ciertamente! ahora se encorva, ahora se levanta; y dialogando asi consigo mismo, se le pasaba la hora de alimentarse. Mas como enamorado, ni sentía hambre, ni debilidad, ni se cansaba de mirar; corrió á su habitacion principal, y tomando un lente de los escultores, lo aplicó al espejo para ver si podía distinguir mejor si aquella cuidadosa jardinera era *ella*, *ella*, Isabel; y habiendole salido bien la prueba, escusado es decir lo mucho que gozó aquella alma ardiente y solitaria.

Este empero, aunque el mayor, no era el único consuelo que mediante su ingenio disfrutó en aquella caverna. Las dos embocaduras de esta, como ya tenemos dicho, eran cómodas habitaciones de millares de palomas, que en los mas apartados agujeros hacian sus nidos. Como muchos de estos estaban bajos, se entretenía Lorenzo horas enteras en ver á las hembras inmóviles en sus nidos, y á sus tiempos volver los machos; y dando dos vueltas al rededor, é inchando el cuello, y murmurando un poco, venir lentamente con la cabeza alta y arrogante hácia el nido, y como haciendo señas á la hembra para que saliese, para ir á buscar comida, entrar él á

su vez, y acomodarse sobre los huevos. La graciosa paloma, sacudiéndose un poco, y posándose sobre una piedra, se componia, y pulia las plumas, se arreglaba las alas y la cola, separando una por una las plumas, mientras el cuello, variando de color á cualquier movimiento de la cabeza, vibraba todos los rayos del záfiro, del crisopacio, y del rubí, mezclandolos todos juntamente en mil luces cambiantes y fugitivas. Despues levantaba el vuelo, y lanzabase por los ayres, reflejandose en las aguas del mar.

Frecuentemente era conmovido Lorenzo por el ruido de cien palomas que volvian de los campos para dar de comer á los pichoncitos, que al principio silenciosos y como dormidos, se ponian los unos encima de los otros para calentarse; pero al primer movimiento de las alas maternas levantaban los cuellos y abrian los picos, dirigiendolos hacia el padre y la madre, los cuales dándoles de comer, les llenaban el buche de comida; los pichones empapuzados asi, se recogian tranquilos, esperando que volviesen otra vez á darles de comer.

Una alma piadosa, y que hubiera creído en Dios, cuantas, qué nobles, y sublimes consideraciones no hubiera podido hacer con respecto á la divina Providencia del Criador, que á ninguna de sus hechuras abandona ni un solo instante, y prepara la comida á la hormiga en el fondo de su cavernilla, y á la abeja en sus celdillas, y á los pichones en el agujero de la piedra. Pero el pobre Lorenzo no podia ni sabia gustar estas delicias, que vuelven suaves las angustias mas amargas de la vida.

Lorenzo se habia familiarizado tanto con sus palomas, que todos los dias lo entretenian algunas horas, y cuando se acercaba á ellas, no huian es-

pantadas, sino es que parecian ya palomas domésticas.

Habia escogido para su mayor diversion dos nidos; y cuando vió que los pichones estaban ya cubiertos de pluma, y que batian sus alas sobre el nido, los cogió, los llevó á su habitacion, dándoles al principio de comer, y despues echando al suelo migas de pan y granos de arroz, que por si mismos picoteaban y comian. Entonces les cortó las estremidades de las alas, para que no se escapasen fuera de la cueva con las palomas silbestrés, de manera, que se hicieron mansisimos, dando vueltas en torno de Lorenzo cuando comia, y subiendo á su mesa para coger las migas de pan, y bebiendo agua en su mismo vaso. Les habia dado diferentes nombres, y los habia acostumbrado á venir á donde él estaba, cuando los llamaba; á las dos hembras les habia dado los nombres de Leonor, é Isabel, y muchas veces se complacia en llamarlas, para recordar nombres tan dulces.

Despues de comer, aleccionaba á sus pichones con mil juegos y niñerías caprichosas y estrañas, avezandolos á todos los egercicios militares; asi es que los pobres animalitos se preparaban, daban la vuelta, desfilaban de dos en dos ó de uno en uno, tocando Lorenzo el tambor con los labios, haciéndolos sitiarse la fortaleza, circumbalandola, asaltándola y escalándola. Cuando Lorenzo decia—*Tum*—caian muertos, estendian la pierna, cerraban los ojos, dejaban caer las alas; pero cuando decia—*Tá*—se lebantaban, saltaban alegres, y subiendo sobre la mesa, comian las migas de pan de España que en premio les tenia preparadas en una copa.

Tambien les habia enseñado la danza, saliendo hábiles bailarines, y se divertia en verlos bailar ó un minué,

una polca, una contradanza, y hasta un wals.

Aunque estos ejercicios ocupaban á Lorenzo, no por esto dejaba de sentir la soledad, ni lo dejaban satisfecho: el espíritu de los solitarios siempre está meditando sobre mil objetos que distraigan su imaginacion, sin saciarla nunca, y sin dejarla descansar un instante, como la mariposa, que vuela de la rosa al narciso, y del clavel á la azucena siempre con las alas en movimiento sin pararse nunca. Asi Lorenzo cuando se cansaba de conversar con los libros, tomaba sus telescopios y los llevaba á las bocas de la cueba, y sentado allí se estaba largas horas mirando el cielo y el mar.

En los primeros dias de su vida solitaria, una tarde, mientras Lorenzo se entretenia en contemplar el mar, vió despuntar del promontorio un navichuelo, que suavemente impelido por un venticillo fresco, era conducido por una joven. Esta manejaba la escota, y un robusto marinero ayudaba con el remo, y dirigia el curso del navichuelo que parecia marchar hacia dos lanchas pescadoras que se veian allá á una milla de la playa. Lorenzo reconoció al instante á Isabel. Esta vista encruelció mas y mas la llaga de su soledad. Aquel buquecillo era para él en aquel momento el obgeto mas precioso que podria ver; y seguia todos sus movimientos, y á cualquier golpe del remo batia él sus párpados, y las vueltas de la proa eran secundadas por la cabeza de Lorenzo. Isabel iba tranquilamente sentada, y diestra y magistralmente ó alargaba ó comprimía la escota, segun el viento hinchaba las velas.

La navecilla marchaba veloz hacia los pescadores, y Lorenzo para ver á Isabel que estaba á larga distancia, dirigió rectamente su telescopio de mar

hacia aquel sitio. Pero fué el caso, que buscando el objeto de sus deseos, descubrió allá en medio de los mares en lo último del horizonte, un navio, miró con atencion, y vió rizar la bandera inglesa; Lorenzo sintió afluir al corazon toda la sangre y olvidándose de que estaba distante y oculto, gritaba fuertemente: ¡Isabel! ¡Isabel! mira, guardia, vuelta de bordo, huye Isabel! huye con velocidad, ¿no ves al enemigo?—y palpitaba y estaba ansioso, y daba con el puño sobre la roca.

Debe saberse que la Gran Bretaña estaba en guerra con Napoleon; los navios ingleses que desde el golfo de Leon se estendian hasta el cabo de Córcega, y desde este hasta la Isla de Elba, andaban continuamente tras de los navios de la costa, ya para confiscar los cargamentos, ya para llevarse los pilotos de la Liguria, á quienes preferian los ingleses, como los mas diestros y audaces de hombres de mar.

Pero mirando todavia con mas atencion Lorenzo conoció, que aquella nave manifestaba ser inglesa, pero que realmente era una fusta berberisca ó griega, conducida por corsarios y piratas, los cuales enviaron delante la mayor de las lanchas con doce marineros, armados de garfios, para dar caza á los barcos pescadores, robar los navegantes, y llevarlos en esclavitud á Tunez ó la Morea.

Por fortuna no era solo Lorenzo el que espiaba en aquel momento los mares; en el seno que Lorenzo no podia ver, y que á su mano izquierda estaba formado á manera de media luna, iba á darse á la vela un bergantin con un fuerte cargamento de aceite, de atun, y otras mercancías para Tolon: un mozo que estaba en la parte superior, descubrió tambien la lancha que los corsarios dirigian, y dió el grito de alerta. El Contramaestre salió al ins-

tante, miró con el telescopio, y se aperció del acecho, dió fuego al cañoncito, y la señal que anunciaba los piratas.

Los pescadores al oír el cañon, volvieron la vista hacia la parte de la tierra, vieron hondoar la señal, y huían apresuradamente para ponerse en salvo. No habia lancha que no tubiera á bordo tres ó cuatro nervudos remeros, y vogaban con tanta velocidad, que no parecía sino que volaban sobre las aguas; y unos á la derecha y otros á la izquierda, todos se encaminaban rectos á la orilla para arrojarse á tierra.

La barca de los turcos, aunque oyó el cañon, y vió que las lanchas huían, no por eso desanimó; vogando con mas fuerza, perseguía obstinadamente su caza. Todas se le habian adelantado tanto, que ya estaban fuera de su alcance; pero navegando el navichuelo de Isabel á sotaviento, y no pudiendo por esto servirse de las velas, venia huyendo solamente á fuerza de remos. Isabel no llevaba consigo mas que á Andrés, y tomando ella otro remo, y echando la gorra de paja á los pies, empezó á remar con admirable destreza, é ímpetu varonil. Lorenzo que veia tan de cerca el peligro de su amada, temblaba, suspiraba, iba de un lado para otro, se retorcia y dirigia su vista ya á Isabel que huía, ya á los piratas que la daban alcance. Isabel encorbada, estaba amoratada, y los cabellos que al principio volaban al aire, estaban esparcidos por la cara. De cuando en cuando miraba á la ribera, y despues repentinamente se volvía para ver si los ladrones estaban muy distantes, y si podria salvarse. Á cada vuelta que daba, volvía á tomar vuelo, y parecia que ella misma con la voz, con los ojos y con el gesto animaba á Andrés que daba señales de estar

asustado; y Andrés é Isabel no cesaban de llamaren su ausilio á la estrella de los mares, que veian en la cima del escollo en que estaba oculto Lorenzo.

En este intermedio Lorenzo esperaba que de la playa desatasen los barcos guarda-costas; pero ya sea que los marineros estuviesen en tierra, ó que no viesen lo que sucedia, la chalupa berberisca marchaba veloz tras de el navichuelo de Isabel, como el milano tras de la paloma.

Lorenzo que veia este riesgo tan inminente, moria de pena y rabiaba de furor; cada golpe de remos que daban los turcos, era para él un cuchillo que le traspasaba el corazon.

Pero la intrépida Isabel, auxiliada de su mismo valor, y sacando fuerzas del peligro, gritaba como un viejo marinero, y rectamente se encaminaba al reducto que habia bajo su jardin. Cansándose empero Andrés de remar, y dando de sesgo inadvertidamente con el remo, se le cayó al mar. Lorenzo gritó —¡Ah!—Y acordándose por la primera vez que sobre su cabeza estaba la blanca estatua de la Virgen, exclamó: Virgen Maria, ayudadla, socorredla, protegéd á Isabel!—Isabel detuvo un instante el navichuelo, Andrés cogio su remo, lo enclavijo, y huyeron con mayor velocidad.

La perdida de aquellos pocos momentos dió lugar á los piratas para adelantarse de tal modo, que la caza del navichuelo parecia inevitable. Andrés é Isabel se daban por muertos; mas no por eso cesaron de vogar, y tan cerca llegaron bajo el escollo, que Lorenzo no los pudo ver mas, y poco despues tambien llegaron los corsarios y los perdió de vista; ah! demasiado cierto para Lorenzo, que Isabel habia caido en las uñas de aquellos dragones.

(Se continuará)

## CHARADA HISTÓRICO-FILOSÓFICA.

1.<sup>a</sup>

Abre la historia del mundo,  
Y no olvides la sagrada,  
Que es un arcano profundo  
Lo que encierra mi charada.

Al mas grande personage  
Que en la edad media se vé,  
Cógelo por el ropage  
Y no lo sueltes á fé.

Y teniéndolo sugeto,  
Diligente y con presteza,  
Aunque siempre con respeto,  
Le cortarás la cabeza.

Guárdala con gran cuidado  
Consiguiendo de este modo,  
Obtener por resultado  
La primera de mi todo.

2.<sup>a</sup>

Cuando Grecia floreciente  
Al mundo dictaba leyes,  
Y sus armas y bajeles  
Terror eran del Oriente,

Siete hombres figuraron,  
Que sin ser de estirpe regia,  
Por ser grandes se llamaron  
Los siete sabios de Grecia.

Ve en busca de uno de ellos,  
No te arredre su grandeza,  
Cógelo por los cabellos,  
Y córtale la cabeza.

Y despues de haber truncado  
Una testa tan profunda,  
Lograrás haber hallado  
De mi todo la segunda.

3.<sup>a</sup>

Prescinde de ortografía,  
En esta sola ocasion,  
Y hallarás, sin gran porfía  
Ni cavilar noche y dia,  
A mi tercia solucion.

Brilla un hombre sin rival  
En el ámbito del globo,  
Su renombre es inmortal,

Su grandeza sin igual  
Retumba de polo á polo.

Deseas saber tan solo  
Su nombre de pila, he?  
Pues te diré ser Manolo,  
Y es preciso ser un bolo,  
Para no saber quien fué.

Decidido y con presteza  
Sin temblar lo cogerás,  
No lo tengas por vileza,  
Y córtale la cabeza  
Como has hecho á los demas.

Sacrilego no serás  
Obrando de esta manera,  
Ni su sangre verterás,  
Solo si conseguirás  
De mi todo la tercera.

4.<sup>a</sup>

El estampido del trueno,  
La tremenda tempestad,  
De la vívora el veneno,  
Ni del crimen la maldad;

Han producido jamas  
Mas desastre, luto y llanto,  
Mas desgracias, mas quebranto,  
Que el hombre que buscarás.

Ciñe su frente el laurel,  
Cetros empuñan sus manos,  
Y en los tiempos mas cercanos  
Nadie fué mas grande que él.

Como Dios, Omnipotente,  
Al dictar sus decisiones  
Se prosternan las Naciones,  
Y humildes doblan la frente:

A este coloso moderno  
Tan terrible y arrogante,  
Echale sin miedo el guante,  
Aunque sea en el Averno,

Y de un tremendo revés,  
Dado con furia infernal,  
Caiga del hombre fatal  
Corona y cetro á tus piés.

5.<sup>a</sup>

¡ Sobre dos de sus cabezas  
Cuanto podrás meditar !

¿En qué fueron á parar  
Tanto poder y riquezas?

¿En qué los regios festines,  
Las carrozas y los trenes,  
Los tesoros y los bienes,  
De tan grandes mandarines?

¿En qué los ferreos navios,  
Que los mares dominaban,  
Y pueblos que conquistaban  
Sus egércitos bravios?

¿En qué? ¡Ay es horroroso!  
En humo, en polvo, en nada,  
En materia de charada.

¡Que leccion, Dios poderoso!  
Orgullosos soberanos  
Que os creéis semi-deidades,  
Los mas miseros mortales  
Son tambien vuestros hermanos.

Que una corona fulgente  
Mas no vale, yo lo digo,  
Que el harapo del mendigo,  
Ante el Ser Omnipotente.

¡Ah! Que el dies iræ vend á  
Tremendo para el perverso,  
Pues que todo el universo  
A la nada volverá.

Y al retumbo del clarin,  
Puede seas transformado,  
Tu, Monarca, en condenado;  
Tu, mendigo, en Serafin.

Basta amigo de historia  
No fatigues tu magin,  
A mi musa pongo fin,  
Y aqui paz y despues gloria.

### CONCLUSION.

Esas testas que has cortado  
Con valor recogerás,  
Y en fila colocarás  
Por el órden señalado.  
Si pones algun cuidado,  
Hallarás la solucion,  
Viendo con admiracion,  
Aunque parezca patrana,  
Que cierta ciudad de España  
Es mi todo en conclusion.

J. A.

### Revista contemporánea.

El célebre P. Teobaldo Mathew del órden del PP. Capuchinos, de los que fue Provincial en Irlanda, llamado el Apóstol de la templanza, nacido en Cork de Irlanda, ha muerto en Queesntown, cargado de años y merecimientos coronados de cuasi increíbles sucesos en el obgeto especial de su predicacion. En Nenagh 20,000 personas en un solo dia, y en Galway 100,000 en dos dias, movidos por su elocuencia prometieron solemnemente no beber mas licores. En una semana, de 180 á 200,000 dieron la misma palabra en Loughree y en Portumna. En Dublin la dieron 70,000 en cinco dias. Despues de haber predicado la templanza en Irlanda é Inglaterra, el elocuente orador pasó á América, donde fué recibido con mucho obsequio tanto por los católicos como por los protestantes. La Reina Victoria hace ya algunos años asignó de su propio peculio al Apóstol de la templanza la suma anual de 7,500 francos.

Deseariamos nosotros que los oradores españoles predicasen con frecuencia contra el vicio de la intemperancia, del juego, del lujo, é hiciesen ver las funestas consecuencias de estos vicios, oponiendo un dique á la furiosa ansia de goces materiales, que es la llaga mas honda de la sociedad actual.

---

*Editor responsable:*

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

---

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.  
Calle de la Plaza frente á Portales  
núm. 34.